

TRIBUNA | La geografía regresa en los estrechos, en los gasoductos y cables submarinos; en el Ártico que se abre, en las fronteras orientales de Europa, en la rivalidad del Indo-Pacífico y en la presión migratoria sobre el Mediterráneo

Atrapados por la geografía

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

DURANTE un tiempo quisimos creer que la geografía había muerto o, al menos, había dejado de importar. La globalización, Internet, las cadenas logísticas, las finanzas en tiempo real y la ubicuidad de las pantallas parecían haber abolido la tiranía del espacio. Thomas Friedman puso nombre célebre a aquella ilusión en *El mundo es plano* (2005) el libro que mejor expresó el optimismo de comienzos de siglo: un mundo conectado, horizontal y homogéneo, donde la técnica parecía derrotar al mapa saltando por encima de montañas, mares o desiertos.

No era una idea absurda. La digitalización redujo fricciones; el capital ganó movilidad; la producción se fragmentó a escala planetaria. Pero de aquella constatación se extrajo una conclusión falsa: que la geografía había dejado de ser límite o condición. Ahí comenzó el error. Ya lo advirtió Montesquieu en el *Espíritu de las leyes: el imperio del clima es el primero, el más poderoso de todos los imperios* (libro XIX, cap. 14). Porque la técnica no elimina el espacio: lo reorganiza. No borra montañas, mares, estrechos, llanuras o vecindades difíciles. Robert Kaplan lo advirtió al hablar de *La venganza de la geografía* (2013) y Tim Marshall lo tradujo después a un lenguaje más popular: los dirigentes toman decisiones, sí, pero dentro de un escenario físico que no han elegido.

La crisis del estrecho de Ormuz nos lo acaba de recordar con brutal claridad. Bastó la amenaza sobre un corredor angosto entre Irán y Omán para que el

mundo entero recordara, de golpe, que la economía digital sigue dependiendo de unos pasos vulnerables, los seis *choke points*: Bab-el-Mandeb, Suez, Gibraltar, Panamá, y el más importante, Malaca, por el que circula más del 50% de las importaciones y exportaciones

Ormuz nos recuerda que la economía digital sigue dependiendo de unos pasos vulnerables

de China. Nada raro: alrededor del 80% del comercio mundial es tráfico marítimo de modo que asegurar la libertad de los mares es quizás el principal bien público global. Y no es casualidad que el sistematizador del derecho internacional, Hugo Grotio (y digo sistematizador porque el inventor fue Francisco de Vitoria), antes de escribir el *De iure belli ac pacis*, escribió un alegato sobre la libertad de los mares, *Mare liberum* (al que, por cierto, contestó Gran Bretaña defendiendo el *mare clausum*, lo que hoy alega Irán...).

Ormuz muestra que la geografía no es un decorado sino una estructura de posibilidades. Un estrecho establece incentivos, dependencias y ventajas. La geografía no determina mecánicamente la historia, pero sí fija el menú de lo posible. Hay países condenados a pensar como potencias marítimas; otros, como

potencias terrestres; otros, como potencias de frontera; otros, como encrucijadas permanentemente expuestas. La política decide, pero no en el vacío. Decide sobre un relieve, una costa, una hidrografía, una vecindad y una posición en el mundo.

Estados Unidos es un ejemplo clásico. Como escribió Kissinger en *Diplomacy* (1994), «los estadounidenses habitaron un continente casi vacío, protegido de potencias depredadoras por dos vastos océanos y con vecinos débiles». Una geografía providencial: dos grandes océanos como fosos estratégicos, dos vecinos manejables al norte y al sur, y un inmenso sistema interior articulado por la cuenca fértil del Mississippi-Misuri-Ohio, que drena una octava parte de Norteamérica y ha funcionado históricamente como formidable eje de integración económica y de comunicación. Antes de ser un proyecto ideológico, EEUU fue una ventaja geográfica convertida en poder político. Por eso pudo ser a la vez potencia continental y naval, protegida y expansiva, insular en su seguridad pero oceánica en su proyección. Y por si le faltaba algo, con el *fracking* ha conseguido autosuficiencia energética y puede vender más que comprar energía.

Rusia ofrece casi el caso inverso. Su obsesión estratégica no nace de un capricho imperial ni de una tradición autocrática, sino de una geografía despiadada. Por una parte carece de salidas a mares cálidos salvo, justamente, Crimea. Por otra, la gran llanura europea que se prolonga desde Biarritz hacia el este hasta los Urales en una de las mayores extensiones ininterrumpidas de terreno llano del planeta. La propia geografía rusa carece, sobre todo en el oeste, de barreras protectoras comparables a las que otras potencias poseen. De ahí la obsesión histórica por la profundidad estratégica, los glaciares, las zonas tapón, por empujar la frontera hacia fuera para ganar seguridad. «El único modo de asegurar mis fronteras es expandiéndolas», decía Catalina la Grande. Rusia no es únicamente una cultura política: es también una llanura con memoria. Por eso no puede no ser una potencia terrestre, como EEUU no puede no ser una potencia marítima.

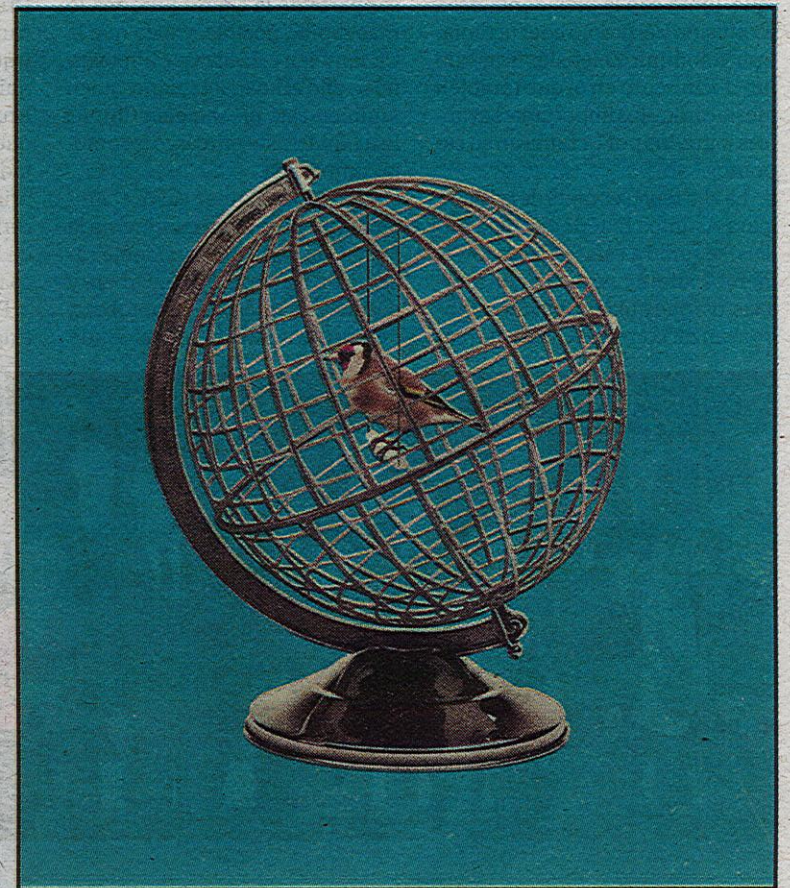
China, a su vez, es inseparable de su doble condición de imperio terrestre y potencia marítima fracasada. Aislada al norte por la tundra, al sur por el Himalaya y al oeste por los desiertos, su riqueza se concentra en la fachada oriental bañada por dos enormes ríos y los grandes deltas costeros. Su corazón económico mira al mar, mientras su retaguardia se organiza en torno a vastos espacios interiores y fronterizos que ahora trata de comunicar con la nueva Ruta de la Seda. De ahí la lógica profunda de su estrategia: asegurar el territorio continental, controlar las periferias sensibles y, al mismo tiempo, proteger las salidas marítimas por las que fluye su comercio. Un camino en el que ha chocado primero con su propia indiferencia histórica (China pudo descubrir América, pero no quiso), luego con Japón, y ahora con EEUU. China no puede pensarse sólo como Estado nacional; hay que pensarla como una civilización asentada en una geografía bifronte hoy proyectada sobre Malaca y el Índico.

Europa constituye un cuarto modelo, distinto de los anteriores. Es, geográficamente, una península formada por penínsulas (nada menos que cinco se pueden contar): una extremidad occidental de Eurasia, recortada por montañas (Pirineos, Alpes, Balca-

nes, que separan el norte del sur), mares, bahías, islas, golfos y litorales muy articulados. Esa irregularidad costera y esa fragmentación física interior favorecieron históricamente la pluralidad política, la competencia entre unidades estatales, la apertura marítima y comercial y, con ella, una notable creatividad científica, económica y cultural. Pero esa misma diversidad dificultó también la unidad política duradera. Europa fue rica porque estuvo fragmentada; y estuvo fragmentada porque su geografía invitaba a ello. Por eso la Unión Europea es, en el fondo, un intento de corregir políticamente una geografía que impulsó la diversidad y penalizó la concentración del poder.

CONVIENE, sin embargo, evitar el error simétrico al de Friedman pues hoy sería fácil caer en un determinismo simplista. Los pueblos no son marionetas del relieve. Japón, Gran Bretaña, Singapur o los Emiratos muestran hasta qué punto la inteligencia estratégica puede convertir una limitación física en una ventaja. España misma enseña una lección ambigua: su posición marginal a Europa, pero fronteriza entre el Atlántico y el Mediterráneo, y entre Europa y África, le ofrece una centralidad extraordinaria que supo aprovechar históricamente. Pero ninguna posición, por privilegiada que sea, produce por sí sola grandeza política. La geografía ofrece oportunidades; no las administra. Abre puertas; no las cruza.

La geografía ha regresado porque nunca se fue. Regresa en los estrechos, en los gasoductos y cables submarinos; en el Ártico que se abre; en las fronteras orientales de Europa; en la rivalidad del Indo-Pacífico;



LUIS PAREJO

en la presión migratoria sobre el Mediterráneo; en el agua, en los minerales críticos, en los puertos y en las cadenas logísticas. Regresa, en suma, allí donde el mundo supuestamente «plano» revela sus pliegues. Como le gustaba decir a Josep Piqué, la historia siempre vuelve, pero en la geografía se está. Las naciones no eligen dónde nacen, con quién lindan, qué mares las protegen, qué montañas las aíslan o qué llanuras las exponen. Heredan una posición. Y, a partir de esa posición, construyen –o arruinan– su destino. La política, la economía, la guerra y hasta la cultura siguen siendo, en gran medida, conversaciones prolongadas con un mapa que marca lo posible.

Emilio Lamo de Espinosa, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas